

PRÓXIMA PARADA: TUS SUEÑOS

Se está quedando dormido. El desfile de vegetación pajiza, árboles solitarios y casas de techo achaparrado comienza a parecerle una diapositiva borrosa que alguien se empeña en proyectar, una y otra vez, sobre la ventana.

No le gusta dormir durante los viajes. Prefiere estar atento a la voz femenina y melosa que anuncia la próxima parada, pero no ayuda ese sol de las cuatro de la tarde que tuesta en silencio el paisaje. Tampoco se lo pone fácil el suave traqueteo del tren, puede que le recuerde a cuando su madre lo mecía en la cuna. Además, ha debido de escoger el vagón más tranquilo. Al subir al tren, cruzó la primera de las puertas de acceso a través de los enganches de los vagones, y este le había parecido bien enseguida: ninguna persona mayor dispuesta a toser durante todo el trayecto, ningún niño hiperactivo de voz chillona y con las rodillas en el asiento, ningún grupito de adolescentes con móviles estridentes y ganas de bromear, ningún militar con una baraja de naipes y un coro de voces altisonantes alrededor...

De hecho, ahora que se da cuenta, los demás pasajeros del vagón son mujeres, solo mujeres.

Los asientos de los trenes de larga distancia suelen ser cómodos, y estos no son una excepción. Había dejado su mochila junto al cristal, en el asiento de al lado. Y tiene espacio para estirar las piernas si lo desea... Lo único que le falta es que alguien le preste una almohada. Sí, el sopor juega con demasiada ventaja, y eso que se ha traído distracciones. Tiene su reproductor de música, tiene un libro con tapas de un color cálido y una portada tan sugerente como el texto que contiene, y también tiene revistas, y apuntes de la facultad, además de una envidiable imaginación que le podría llevar a numerosos lugares y situaciones.

Pero los auriculares habían empezado a molestarle en los oídos. Así que fuera. Y el libro se le escurría de entre las manos. Demasiados bostezos. Las letras se habían convertido en un jeroglífico, y necesitaba descansar la vista, mirar un rato el paisaje..., hasta que este se ha transformado ante sus ojos en un campo con ovejas que saltan, una y otra vez, la valla.

Pues bien, apoyaría la cabeza en el respaldo del asiento, respiraría hondo y luego retomaría la lectura. Sí, eso se dice a sí mismo. Hasta suena convincente. Así puede fijarse mejor en las pasajeras que le acompañan. En esas cinco mujeres.

Ladea la cabeza. Afianza el libro cuando se percata de que no ha movido la cabeza, sino que se le ha ladeado sola. Le pesan mucho los párpados. No pasa nada, se dice, puedo cerrar los ojos y seguir despierto. Por el rabillo del ojo ve a una joven de cabello muy largo, oscuro y rizado, en un asiento de atrás, a su izquierda, en la otra mitad del vagón. Le llamó mucho la atención desde el momento en el que había entrado en busca de asiento, cuando había estado decidido a sentarse en el que ocupaba esa joven de vestimenta sencilla y escaso maquillaje. Era algo menuda, y estaba arrinconada junto a la ventana con los brazos cruzados, lo que resaltaba más que ocultaba sus atributos femeninos. Al principio no la había visto. Se sintió un poco estúpido cuando casi había depositado su mochila en el espacio de la joven, que le había dedicado una mirada curiosa y cristalina, la clase de mirada que te incita a entablar una conversación. Él, ofuscado, había balanceado la mochila de nuevo con disimulo y se había girado para ocupar algún asiento de la otra mitad del vagón.

No recuerda si esos labios tan naturales habían dibujado un aviso de sonrisa, o si se lo había figurado. Ahora no puede verlos, pero sí distinguir el esbozo de esa larga y rizada melena con la que uno podría enredarse y...

El traqueteo del tren desplaza su cuello de nuevo. Hace un esfuerzo por abrir mejor los ojos, y repara en la mujer que tiene delante. Ella le da la espalda, pero sabe qué aspecto tiene y lo que está haciendo. Puede ver, a través del reflejo de la ventana, su media melena, que acaricia un mentón pálido y señala el inicio de unos labios pintados de un color muy oscuro y seductor.

Las bandejas de los maleteros son de cristal, así que también puede apreciar en perspectiva aérea el reflejo del suéter ceñido que lleva y el del libro que descansa en su regazo. Puede espiar sus gafas, la curva de sus finas cejas. Puede espiar sus ojos mientras ella está distraída leyendo.

En el reflejo la ve como si estuviese dos asientos más lejos. Si hubiese más gente en el vagón, no habría estado seguro de tenerla justo enfrente, aunque se esté impregnando de su perfume. Ese aroma tampoco ayuda a mantenerlo despierto, es como un somnífero en estado gaseoso. Está perdiendo la batalla con sus párpados, y ya no le importa que se dé cuenta de que la está observando.

Porque ella también le espía, entre párrafo y párrafo. La imagen en el cristal no es muy nítida, pero... No, mejor disimular, desenfocarse de su reflejo, dejar de buscar su mirada. Contemplar las casas, los montes, las nubes.

“Estamos leyendo el mismo libro”, dice ella. Se ha quitado las gafas. Sus ojos son muy verdes. Su voz tiene un matiz meloso, como la grabación que anuncia las paradas, pero sin exageración, con acento, con personalidad. Es real. Y él no sabe qué decir. No tiene claro cómo se ha dado cuenta esa mujer de que él tiene el mismo libro apoyado en la entrepierna. Ella se ha girado en su asiento, no es ningún reflejo, y es... muy atractiva, algo pálida, mayor que él, sí, muy atractiva. ¿Cuarenta? ¿Cuarenta y cinco? Esos ojos, verdes e insistentes, también han vivido mucho más que los suyos.

“¿Por qué capítulo vas?” Ella le mira la entrepierna, el libro. Por el tercer capítulo, ¡idiota!, ¡dilo! Pero no responde, no quiere que ella se dé cuenta del inicio de erección que hay bajo la novela; eso le pasa a menudo cuando viaja y se empieza a dormir. Pero ¿está dormido?

Ella no deja de mirarle a los ojos, y al libro, y espera una respuesta. Pero cuando él se decide, ella deposita su mirada otra vez en el libro, y este molesta cada vez más ahí encima. Así no puede concentrarse.

Seguro que se está sonrojando, aunque no se siente la cara. Emite una respuesta. No sabe ni lo que ha dicho. Tampoco entiende algunas de las cosas que ella pregunta. Se siente joven e ignorante. Da igual. Ella huele bien. Ahora están sentados, y juntos. Y lo curioso es que aún puede verle el ceñido suéter en una perspectiva aérea. Seguro que se le nota la erección. No importa. “Necesito conversación”, dice ella, “para no dormirme, ¿te importa?” No, en absoluto. Huele tan bien...

Hablan sobre el erotismo con naturalidad. Más bien es ella quien habla, quien le demuestra cuánto podría enseñarle cada vez que deja esos labios negros a medio cerrar. Él escucha y asiente. A veces quiere decir o proponer algo, pero no lo hace. Quiere bajarse en la próxima parada y tomar un café con ella. Quiere besar esos labios.

Su sonrisa es fresca y discreta. Cuando ella ríe, le toca la mano para hacerle partícipe de su buen humor. Pero solo consigue que se estremezca, y entonces debe sujetar el libro con firmeza, lo sigue llevando sobre su entrepierna. Ella no deja de mirarle el libro. Diserta sobre el autor, sobre las historias que cuenta, sobre lo que ella siente

cuando lo lee. Lleva el suéter tan ajustado. Sus formas no son muy voluptuosas y, sin embargo, él se siente abrumado por la abundancia de la promesa de esa mujer con la que no haría otra cosa que aprender... lo que sea. Lo que ella quisiese.

Se remueve en su asiento cuando ella le coge el libro sin vacilar, y busca el número de página. Y sigue mirando donde estaba el libro, aunque ya no está. Sonríe con dulzura, con deseo. Se baja en la próxima parada. Él la sigue. La persigue. No puede dejarla ir. Quiere tomar algo con ella en una cafetería. Quiere besarla. No conoce esta ciudad, se siente como un turista. O como un estudiante de intercambio. Quiere besarla.

Y en una habitación de hotel, él aprende a quitarle el suéter. Descubre con entusiasmo lunares en su blanca piel, imperfecciones, huellas provocadas por el tiempo. Es como un lenguaje que debe descifrar y que contiene un sabiduría muy especial, pero las palabras se le emborronan en ese cuello, en esos senos menudos, en esas curvas y en ese sexo de olor intenso y arrebatador que puede con él, que le atrapa y le obliga a dejar la clase teórica para otro momento, para cuando la práctica sea menos apremiante.

El libro se le desliza de entre las piernas y cae al suelo. Lleva la camisa remangada y se frota un poco los bíceps, pero no hace frío. Se está bien aquí, hace una temperatura tan cálida. No sabe cuál es la próxima parada, pero reconoce el paisaje. Aún queda para llegar, y todo está tan... tranquilo. Se pregunta si habrá alguien durmiendo, y se fija en la chica que hay cuatro asientos por delante, en la mitad opuesta del vagón. Está en el asiento pegado al pasillo que recorre el vagón de un extremo a otro a través de las puertas que dan a los enganches. No parece dormida, aunque solo puede ver su melena rubia, un tirante que no esconde un hombro bien bronceado, su camiseta de color azul, su falda vaquera, y un muslo al descubierto.

Ella coge su chaqueta y su bolso, se levanta y camina en su dirección. Ni el traqueteo del vagón ni los tacones que calza amenazan el equilibrio perfecto de su desfile. Su top deja a la vista un generoso y abultado escote que se agita con una cadencia hipnótica. Una luz anaranjada proveniente de la ventana baña sus muslos y acentúa su bronceado. Se va a dar cuenta de que le estoy mirando los pechos, piensa, pero quiere seguir mirando. Todo va tan despacio. Además, se encuentra como indolente, como si tuviese una buena excusa. Estoy mirando las lentejuelas de tu top, intento averiguar si eso que lleva ahí es un broche, y si su color es azul pizarra. Ella no se fija en él al pasar. Mejor, que no se note que la desea.

Ella no se va lejos. No la sigue con la vista. Tiene el cuello anclado al respaldo, y tampoco es tan descarado como para fijarse en su trasero. Si ni siquiera se atreve a dirigirle una mirada a la joven morena que tan solo puede ver de reojo.

La rubia solo ha ido a la cabina del aseo que hay al comienzo del vagón. Y cuando regresa, él se pregunta por qué nunca ha sido tan natural y espontáneo, y si se le estaría permitido serlo. “¿Puedo sentarme aquí?” Él tiene que levantar, y mucho, la vista para mirarla a la cara. Lleva un tatuaje en el seno izquierdo. Es un tatuaje grande, pero puede verlo casi en su totalidad. “Es que allí en ese lado me da el sol y me molesta”, explica ella. “No importa”, dice y piensa él, “siéntate aquí”. A ella se le ilumina el rostro.

Las redondeadas nalgas de la joven desfilan muy cerca de su cara cuando ella alcanza el asiento junto a la ventana sin que él tenga que levantarse para dejarle paso. Se pregunta qué habría pasado si él hubiese hecho lo mismo y se hubiese sentado junto a una desconocida con ese mismo pretexto. Se lo pregunta, pero en su mente se disuelven la lógica, las normas culturales, los tópicos, los consejos para ligar, y solo queda el deseo, y la imagen escultural de esa joven que se ajusta los tirantes sin pudor y le pregunta “¿Cómo te llamas?”, aunque en realidad pretende saber mucho más que eso.

¿Cuánto medirá ella? ¿Un metro setenta? Es más baja que él, eso seguro, pero sus formas de mujer son impresionantes, intimidatorias, como si fuese de una especie similar a la suya, pero más perfecta e inabarcable. Recuerda una sensación fría y punzante en el pecho y en el estómago, pero que luego se desliza hacia más abajo y le produce un cosquilleo cálido y agradable. Tan agradable como ella cuando habla.

Y ella tiene muchas cosas que contar. Transmite una vida tan exultante cuando mueve los brazos, una vitalidad tan sensual, contagiosa y embriagadora. Desearía apretarse contra ella en un abrazo sin fin, dejaría que esa melena rubia se enmarañase con su cabello, que esos labios carnosos se adhiriesen a los suyos mientras la saliva escapa por la barbilla y salpica sus cuerpos desnudos, sudorosos, casi febriles, unidos entre sí como las piezas de un puzle maravilloso.

En un dormitorio de muebles desconocidos, ella se mueve en la penumbra anaranjada del crepúsculo con la misma cadencia hipnótica que en el tren. “Busco un piso de estudiantes, ¿y tú?” “Yo también”. Ella se quita el top y vuelca sus exuberantes y deliciosas formas sobre él. Se apodera de sus fuerzas, de sus sentidos, mientras lo envuelve, lo aprisiona, y moldea su cuerpo ardiente sobre el suyo, hasta absorberle, hasta que no queda nada de él...

El codo se le desliza del brazo del asiento. Apoya la cabeza, que le colgaba del cuello, separado del respaldo. Siente una presión y un calor palpitante en los genitales. Le agrada. Vigila con los ojos entornados a quien pueda haberse dado cuenta de que se le ha caído el libro al suelo. Al fondo del vagón, en los asientos que miran en dirección contraria a la suya, dos chicas de ojos luminosos se sonríen, cuchichean. Una de ellas le estaba mirando, y luego ríe con su amiga.

Pero algo llama mucho más su atención: una de las chicas, con un piercing en la nariz y una mano repleta de anillos, está acariciando el muslo de su compañera, la cual lleva unos pantalones negros de una tela que a él se le antoja muy fina.

Observa con fascinación cómo esa mano masajea la tela como si pudiera, con la única fricción de sus dedos, retirar todo el pantalón y convertirlo en un mero pañuelo, en una suerte de prestidigitación. La boca que acompaña al piercing asoma un poco la lengua cuando se encuentra con otros labios sonrosados y húmedos.

Él se pregunta cómo puede oír el chasquido de los besos e incluso respirar el efluvio de excitación que esas dos jóvenes de allí, de aquí, desprenden. Ese olor es indescriptible, y le quema por dentro. La esbelta compañera de la joven del piercing desliza una mano hacia el hombro de su amante, hacia su brazo, hacia uno de sus senos. El movimiento sinuoso de esos cuerpos desafía la inercia del tren. Hay hilo musical, y es una melodía de ritmo pulsante, como los latidos de dos corazones. O de tres.

La mano de los anillos reptaba hacia los botones del pantalón, los retira, se introduce con suavidad bajo el ombligo, entre el vello púbico, se queda allí. Un gemido aterciopelado se funde entre el ruido de los motores del tren, entre la música. Una camiseta flota sobre el pasillo que recorre el vagón. Él mira la camiseta, que nunca cae al suelo, y a la joven desnuda. Otra mano, ya ignora de cuál de las dos amantes, recorre unos senos desnudos con descaro. Bailan sentadas, bailan a un ritmo palpitante.

Puede alcanzarlas. ¿Se han movido? ¿Se ha movido él? Podría tocarlas. Bailan, sin mover los pies. La joven de los pechos desnudos, erectos, alarga una mano hacia él, hacia su rodilla, hacia su muslo, le abrasa. Ella sonríe con picardía. Da igual si se están burlando de la erección que no puede disimular. Se siente libre de la presión de la ropa, del pudor, de esos nervios que se concentran en el estómago y que ahora no son más que hormigueos en sus muslos. Nota el roce metálico de varios anillos en su miembro,

pero no sabe cómo se han librado de la cremallera y de la ropa interior. Es una sensación extraña, cálida y fría a la vez. Aprieta. Tal vez estén jugando con él, tal vez se estén riendo de él, pero esa mano es tan suave y delicada.

Bailan. Él baila también bajo ese ritmo que zumba entre sus sienes y luego baja, y se concentra en su sexo. Por un momento, se siente atrapado, como si le hubieran atado al asiento con el cinturón de seguridad. Vuelve el rubor, no puede seguir, todas le verán gemir, deben parar, o verán cómo se...

La chica del pelo moreno y rizado se levanta, y tintinea su collar compuesto de otros múltiples collares con piezas diminutas de colores brillantes. Él sigue viéndola de reojo, pero puede distinguir el collar. Se pregunta qué pensará ella cuando vea lo que está haciendo con esas mujeres, cuando le vea con los pantalones desabrochados. Se pregunta qué cara de idiota debe de tener en este momento.

Ella flota hacia él. Nunca se ha sentido tan ágil, ni tan silenciosa, ni tan libre. Sus pies desnudos no tocan el suelo, pero sí notan que está frío. No es agradable, y está ansiosa por alcanzarle. Su respiración es como un suspiro prolongado e insatisfecho. Él está pendiente de sus movimientos, aunque no se atreva a mirarla directamente. Ella lo sabe, y quiere ser observada, quiere que le diga lo que experimenta cuando la ve así, desnuda. Desea llegar a su asiento, cálido, mullido, y atraparle el tórax con sus rodillas. Y que la mire.

La tela del asiento forma pequeñas hebras de hilo que se remueven con vida propia y acarician la piel de sus muslos. Ella puede sentir también la fina barba de dos días del chico, sus rostros están muy pegados. Se siente avergonzada, está sobre él, sobre su sexo, que se introduce en el suyo con una mezcla de suavidad y ansia perforadora. Le sienta. Su piel es suave, pero fuerte. No debería estar haciendo esto, qué va a pensar él. De repente, ya no puede flotar, se ha caído sobre él, ¿otra vez?, toda ella sobre él. Qué embarazoso. Y solo lleva puesto el collar. Va desnuda, es muy embarazoso.

Él la mira. Y a ella le gustan sus ojos, pero ¿qué piensa cuando la ve? Los ojos del chico son oscuros, relajados, afables. La contemplan, y ella no sabe qué excusa dar ni cómo explicar por qué está sentada sobre él. Prefiere moverse, contonearse, restregarse, si a él no le importa. Agita los brazos, cruza los brazos, se ruboriza. La está mirando, y ella está desnuda, se quiere levantar, quiere aletear como una mariposa, oh, no, es demasiado tarde, él se ha dado cuenta de lo que están haciendo, le gustaría que se la llevase una corriente de aire...

... El viento silba, o quizá es el tren. Las nubes se desplazan muy rápido a través de la ventana. El vagón traquetea y ella se mueve sobre él, sin freno, sin control. Le gusta el contacto de sus rodillas desnudas con la cintura del chico, aunque todavía lleve la camisa, quiere que se la quite también, porque hace calor, y el viento sopla, o silba, pero no trae aire frío, hace calor, quiere seguir sudando con él, le arrancaría esa camisa.

Está bien así. Lo nota húmedo. Ella no puede dejar de agitarse con el tren. Le gusta cómo la está sujetando, con firmeza, por los hombros, para que no se escape, para que no vuele. Ella ya no piensa volar, aunque pudiese; no, ya no quiere, no quiere. Ella podría decir otras muchas cosas, tiene preguntas que hacer, pero por una vez no desea saber ni decir nada, y cuando abre la boca, se escapan sus ideas en forma de susurros, y jadeos, y él se los devuelve con una mirada encantadora que busca su boca, su sonrisa, sus labios.

Y cuando él aprieta sus hombros con inesperada fuerza, ella arquea la espalda y se agarra con las uñas a su camisa abierta y respira a través de su boca y el asiento tiembla,

todo el tren se estremece a punto de salirse de la vía mientras las nubes se convierten en manchas blancas uniformes de lo rápido que desfila el paisaje. Ella saborea su boca, le roba su oxígeno y remueve sus caderas desnudas que tiemblan cuando él vierte en su interior todo lo que estaba conteniendo con un grito que apaga el sonido de los motores que lo apaga todo. ¡Todo!

... Ahora la mira sin librarse de ella. Sonríe, mudo, aunque va a decir muchas cosas, todo lo que no se atrevía a decir cuando la miraba de reojo.

Él abre los ojos de par en par, sorprendido por la grabación del tren que anuncia la próxima parada, la suya. Agarra su voluminosa mochila con torpeza y se yergue en su asiento. Gira la cabeza y mira directamente a la chica morena con el collar tintineante. Esta se despierta de súbito cuando la cabeza le da un bandazo hacia delante y lo descubre observándola. Se levanta, aturdida y algo ruborizada. Él también.

Parece que se bajaban en la misma parada.